

## PRIMERA PARTE.

SIGUIENDO con fidelidad el curso de los tiempos para venir á la época de su plenitud, en que Jesucristo habia de presentarse extendiendo sus augustos brazos, á fin de reunir en la sagrada colina del Calvario y al pié de su Cruz á todas las naciones, nuestro espíritu se eleva por un impulso irresistible á contemplar las causas de un acontecimiento que nada tiene de comun con lo que mas admira la historia en la vida y en las acciones de los sabios y de los reyes. La filosofía, señores, que se lisongeaba en aquel siglo de haber atesorado un gran número de verdades; la filosofía que en el silencio de una reserva misteriosa llegó á comprender la vanidad y aun el ridículo del culto que tributaba la superstición á las divinidades del paganismo; la filosofía que mas de una vez habia ocupado el trono de los césares, apuró en vano sus recursos para extender y uniformar todas sus convicciones. Las creencias de los sabios, si es que alguna tenian, eran tan varias como los

sistemas filosóficos; y la idea de trasmitirlas á los pueblos; y con mas razon la de reunirlos á todos en una sola creencia, fué ya un designio que traspasaba con mucho los límites de la posibilidad humana. Envueltos en las tinieblas mas densas, los pueblos todos hacian del error una profesión pública, tanto mas obstinada cuanto mas lisongeaba sus brutales pasiones. Condiciones únicas, condiciones incommunicables, condiciones incapaces de confundirse, eran absolutamente precisas en el grande y sublime Personaje que habia de bajar de los cielos con el fin de reunir en un punto las persuaciones y las creencias, disipando las tinieblas que envolvian á la tierra y regenerando el entendimiento de los hombres con la manifestación de su verdad. Hé aquí, señores, el primero de los timbres que ofrecen á la veneracion del Universo la vida y las acciones gloriosas de Jesucristo Señor nuestro. ¿Mas cuáles fueron las condiciones con que se hubo presentado á fin de realizar tan prodigioso designio? Los sabios no se atrevian á revelar á los ojos del pueblo la vanidad del paganismo; porque su autoridad habria sido desechada; mas Jesucristo presenta los títulos de su mision divina: las verdades que solian enseñar aquellos, se hallaban confundidas con un sinnúmero de errores; no tenian enlace, no formaban sistema, no podian, en suma, mejorar la condicion del hombre; mas Jesucristo señala su doctrina con caracteres que subyugan irresistiblemente la razon humana.

En primer lugar, da testimonio de su mision divina. Un pueblo profético llena con su historia el prodigioso curso de cuarenta siglos; y esta his-

toria, cuya primera página muestra el principio de las cosas, el nacimiento del mundo y la creación del hombre, el origen del mal y promesa de su remedio; esta historia donde vemos figurar tantos pueblos y tantos reyes, resplandecer tanta magnificencia y tanta sabiduría, aglomerarse tantas acciones inmortales y tantas glorias diversas; esta historia donde admiramos el esplendor del culto, los timbres del sacerdocio, la sabiduría de las leyes, el gobierno de los pueblos; esta historia tan fecunda en resultados, tan variada en acontecimientos, nada encierra, católicos, que no tenga por objeto el anuncio de Jesucristo: Jesucristo ocupa todas sus páginas; él es la fuerza que sostiene todas las instituciones antiguas, el objeto figurado en todos los acontecimientos de Israel.

Recorred todas las épocas que la historia cuenta, desde la falta deplorable de la primera mujer hasta el parto glorioso de la Virgen Madre. ¿Donde no encontráis á Jesucristo? En el paraíso es prometido por Dios á la estirpe delincuente; en el Diluvio es representado en la Arca misteriosa. Abraham merece, como una recompensa de su fidelidad, la inefable promesa de que habrá de salir de su generacion aquel por cuyo medio habian de ser bendecidas todas las naciones. Moises baja de las cumbres del Sinaí las tablas de la ley que habia de recibir su complemento en la cima del Calvario, Mas tarde Salomon dedica al verdadero Dios aquel templo magnífico, donde todo representa dignamente al Redentor del género humano. El triste cautiverio de Babilonia y su gloriosa libertad, son apenas una figura imperfectísima de la regeneracion que Jesucristo vino á

producir en el Universo. Ved, señores, al Mesías en todas partes: vedle bajo la cuchilla sacrificadora de Abraham: ved su sacrificio incruento, su sacerdocio, su reinado y hasta su generacion misteriosa en la persona y en la oblacion augusta del gran sacerdote Melquisedech: reconocedle en el altar de los holocaustos, en la tribu sagrada de Leví: adoradle en el Salmista-Rey á la diestra de su Padre: ved, en fin, cómo vive en el corazon de los patriarcas, y con cuanta magnificencia es anunciada por la voz de los profetas.

¿Mas qué veo, señores, en la plenitud de los tiempos? Nuevos y solemnes testimonios de Jesucristo. El espíritu de Dios abre milagrosamente los labios de Zacarías, y de ellos se levanta hasta el cielo aquel himno profético en que canta la gran visita del Señor á su pueblo, la redencion por tantos siglos esperada, el advenimiento del Mesías, luz divina que habia de "iluminar á tantos pueblos sumergidos en las tinieblas, en las sombras de la muerte"? Impelido por una fuerza sobrenatural, el anciano Simeon penetra en el Templo, toma en sus brazos al niño, y á la vista de este Supremo Rey que habia traído la salud á las generaciones, y en la embriaguez dulcísima de un gozo puro y celestial, interrumpe la ceremonia religiosa con el cántico sublime de su muerte. "En fin, Señor, exclama, llegó la hora feliz que aguardaba con impaciencia tu siervo: voy á morir en paz, porque mis ojos han visto al Salvador del mundo."

Una voz desconocida interrumpe el silencio del desierto. ¿Quién la ha pronunciado? El pueblo se sorprende á la vista de un personaje verda-

deramente extraordinario. Su aspecto venerable, su vestidura humilde, el rigor de su penitencia, llaman fuertemente la atención general. “¿Quién eres tú?” le preguntan los enviados: ¿Elías acaso? ¿por ventura el Profeta? — “No soy, les respondió, no soy sino la voz del que clama en el desierto “preparad el camino del Señor.” “En medio de vosotros está uno á quien no conocéis, el que ha de venir despues de mí, el que fué hecho “antes de mí, y á quien yo no soy digno de desatar la cinta de su calzado.”

¿Cómo resistir, católicos, al poder de tantos y tales testimonios? Lo pasado y lo presente, los hombres y los acontecimientos, las ceremonias y las leyes, todo se reúne á fin de mostrar en Jesucristo al Hijo de Dios. Pero no es esto todo: visitad conmigo aquella montaña célebre donde Cristo se trasfigura. ¡Oh escena verdaderamente sublime! ¡Oh cuadro divino que pasmas la inteligencia y encadenas la admiración! Jesucristo aparece revestido de magestad, cubierto con los rayos de su gloria: tiene á sus lados al gran Elías y al Gefe del antiguo pueblo: á sus piés caen los apóstoles, incapaces de sostener el esplendor de aquella magestad. ¿Qué misterio se encierra en este acontecimiento? ¿Por qué causa la gloria del Emperio aparece á los hombres en la cumbre de esta montaña? Que cese vuestra duda, católicos; se crata de Jesucristo y de su eterno Padre, que no tontento con verle de tantos modos figurado, predicho, quiere anunciarle por sí mismo y consagrar con su testimonio inmediato en el culto de las generaciones la nueva verdad que iba á ser anunciada por él á todo el Universo. “Este es, dice,

mi Hijo muy amado, en quien me he complacido desde la eternidad: hombres, oídle.”

¿Y qué diré de los testimonios que Jesucristo da de sí mismo? ¿Su Evangelio acaso será menos recomendado por ellos, que lo había sido por la voz de toda la antigüedad, por el anuncio de los profetas contemporaneos á su nacimiento, por su Precursor en el desierto y por su Eterno Padre en el Tabor? ¿Quién podría referirlos todos? ¿Dónde está la elocuencia que baste á ponderarlos? El alma se pierde, católicos, en ese abismo infinito de grandeza y de poder. Habla Jesucristo, y todo se rinde á su palabra: el cielo le escucha, la naturaleza le acata, el infierno le obedece, la tierra le admira. No se necesita mas que una palabra, ¿qué digo? un acto de su voluntad basta para que se realicen los mayores portentos. No me empeñaré, sin embargo, en seguirle con vosotros por la vasta carrera de sus milagros: ninguno los ignora, y todavía recordamos con transporte los paralíticos que recobran el movimiento, los demonios que abandonan despavoridos el seno de sus víctimas, las tempestades que se sociegan á la presencia del Rey de la naturaleza, los discípulos marchando por la superficie de las aguas, los ciegos de nacimiento sorprendidos repentinamente con el cuadro magnífico de la creación, los mudos rompiendo con la palabra el silencio á que habían estado condenados toda su vida, los sordos escuchando, y los muertos, en fin, saliendo triunfantes del sepulcro.

¿Qué importa, pues, que haya desdeñado desde su cuna las vanas apariencias, el ornato fastuoso y la impotente fuerza de los grandes, para humi-

llar con su palabra la razon altiva de los hombres, el que da tales muestras de su origen divino, el que así comprueba la mision que ha traído desde el seno de su Eterno Padre? ¿Qué importan las pajas de Belen y los humildes paños que le cubren, cuando vemos descender al establo el ejército de las potestades del cielo, cuando los ángeles cantan allí "la gloria de Dios y la paz de los hombres," y cuando aparecen confundidos ante el Hijo de María el concierto rústico de los pastores con el magnífico y humilde homenaje de los reyes? No debemos extrañar, pues, que la predicacion de Jesucristo haya condenado al silencio los vanos discursos de los filósofos y la voz impostora de los oráculos. ¡Pero qué! ¿son estos acaso los motivos únicos que sometieron á la palabra del Señor el espíritu del Universo y la razon de los siglos? Entrad, católicos, en el fondo de su doctrina; abrid el Evangelio; recorred allí las altas verdades que contiene; subid á su origen por la contemplacion de su naturaleza. Sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral, eterna en sus promesas: hé aquí, los caracteres divinos con que se muestra y distingue la verdad de Jesucristo, para que el Universo todo reconozca y admire en ella la palabra infalible de la sabiduría del Hijo.

Sublime en sus misterios, esta divina verdad ilustra y ennoblece la razon humana, reemplazando con una luz purísima y eterna esas conjeturas de nn día, timbres de los mayores sabios y magnificas pruebas de su limitacion y de nuestra nada. El dogma sacrosanto de un Dios Trino y

Uno "el Verbo que existia desde el principio, que estaba en Dios y que era Dios" hecho carne en el vientre de una Virgen por obra del Espíritu Santo, para nacer en el tiempo, padecer y morir; el hombre condenado á la muerte por el pecado original, reconciliado con Dios por medio de Jesucristo, destinado á resucitar en el gran día en que ha de finalizar el mundo; el pan convertido en el cuerpo y el vino en la sangre del Cordero sin mancha, para quedar á los hombres hasta la consumacion de los siglos como una prenda de amor, en la cual Jesucristo habia de presentarse á los ojos de nuestra fé con el doble carácter de Pontífice que sacrifica y víctima que se inmola: la tierra formando con el cielo una sociedad perdurable, en que, unidos todos los miembros con la cabeza, que es Jesucristo, por la profesion de una misma fé, por la participacion de unos mismos sacramentos, por la identidad del culto, por la sujecion á unos mismos pastores, se manifiesta el cuadro perfectísimo de aquel rico y poderoso imperio en cuyo muro inexpugnable habian de estrellarse las oleadas furiosas que se levantasen del abismo; una ventura sin fin reservada á los justos, una desgracia sin fin destinada á los culpables; el mundo que corre fugitivo con todas sus ilusiones; "el tiempo que vuela presuroso á hundirse para siempre en el seno de la inmóvil eternidad:" he aquí, señores, un conjunto imponente, admirable, divino; una concurrencia misteriosa de sombras y de luz, en que la verdad, semejante á la nube de Israel, es toda claridad para el sencillo creyente, toda oscuridad y tinieblas para la soberbia razon que tiene el increíble frenesí de

buscar en sí misma el primer principio y el último término de todas las cosas.

¡Oh filósofos! Estos misterios profundos encierran la ira en vuestro pecho, arrancan de vuestros labios el grito de rebelion, y arman vuestra mano sacrífliga con el impotente dardo que arrojais furiosamente contra el cielo. Mas ¿qué importan estas alarmas impías? Nada podreis contra la verdad. Sostenida con la palabra infalible del Sér por esencia, ni espera. ni teme nada de vosotros: y ántes bien, para colmo de vuestra infamia, fijará su tróno en el entendimiento humilde, mientras vosotros. espantosamente hundidos en el fango de vuestros pensamientos, siempre agitados y siempre infelices, os fatigaréis inútilmente por hallar una fuerza que os asegure contra las amenazas de la fé, no gustaréis nunca los encantos de la verdad, ni bajareis al sepulcro precedidos de la esperanza.

¿Qué os diré, señores, de la perfeccion maravillosa que muestra en su economía el gran cuerpo de doctrina que abraza la predicacion de Jesucristo, Señor nuestro? El primer indicio del humano saber es y ha sido siempre aquella insoportable mezcla de verdades y de errores, muy particularmente la confusion de máximas, de principios y de sistemas, donde el entendimiento humano se extravía cuando parece mas seguro. Ni hay puntos de contacto, ni centro de reunion, ni el mas ligero indicio de unidad. Se habla mucho y se dice muy poco; se abraza todo, y no se estrecha nada: he aquí la sabiduría del gentilismo. ¿Qué otra cosa nos dicen aquellas sectas donde cada uno imaginaba el haberlo hallado todo, y donde

nada nos sorprende tanto como el conjunto de las imposturas y de los errores, los laberintos en que se extravió tantas veces el genio de la ciencia, y las torcidas huellas que nos recuerdan todavía la incierta y vacilante marcha de la razon humana? Solo Jesucristo, hermanos míos, ha podido comunicar á su doctrina el órden y unidad estupendas que no solamente ilustran y llenan de admiracion al verdadero cristiano, sino que han arrancado mil veces aun al incrédulo los mas cumplidos homenajes. Hé aquí por qué miéntras una parte del mundo adora á Jesucristo como un Dios, otra parte le reconoce y admira como un sabio.

Las ideas de Criador y criatura nos llevan hasta el origen de la especie humana. En el acto mismo de presenciar la creacion, vemos abrirse á nuestros pies el camino que debe recorrer el hombre para llegar á su destino inmortal. Allí descubrimos nuestra dependencia gloriosa, nuestra limitacion: desde el sentimiento de nuestra nada nos elevamos hasta el origen del sér y el manantial de la sabiduría; y ya desde entonces esperamos únicamente de Dios la verdad y la ley. En esta primera página del mundo se nos presentan casi á un mismo tiempo el pecado que condena á toda la humanidad, y la promesa de un Redentor que ha de satisfacer á la justicia divina para salvar á los hombres. Los patriarcas, los profetas, las instituciones, la religion, los sacrificios, todo está íntimamente ligado á esta promesa; y aun antes de nacer el Salvador del mundo, atraviesa ya con magestad los muchos siglos interpuestos entre Eva y María. Jesucristo llega: es

Dios y hombre: su palabra exige la negacion de nuestro entendimiento, su ley el holocausto de nuestra voluntad. A ese doble sacrificio está unida una recompensa eterna, así como á la pertinacia del incrédulo y á la obstinacion del pecador corresponde una desgracia que no ha de tener fin. La negacion de sí mismo íntimamente unida con la felicidad verdadera, la única sabiduría dependiente del sacrificio del entendimiento, el orden, la paz, el verdadero gozo, inseparables del sacrificio de la voluntad: hé aquí un maravilloso sistema en que todo está unido á una idea capital, á la negacion de nosotros mismos.

Yo admiro, como es justo, hermanas mios, esta unidad perfecta y aquellos misterios sublimes; pero cuando paso á considerar la universalidad que tiene por su fácil inteligencia la doctrina de Jesucristo, cuando la veo tan sencilla como elevada, cuando las pruebas de una irrecusable experiencia me demuestran que este Divino Maestro se complace en prodigarla á los pequeños y sencillos, al paso que la rehusa severo á los sabios y prudentes del siglo, mi razon vencida sucumbe bajo el poder de este arcano. Recorred, si no, el inmenso campo del cristianismo; visitad con la imaginacion todas las clases. desde el palacio á la cabaña. ¿Quién ignora estos misterios?? ¿quién no ha comprendido el conjunto de estas verdades? ¿á quién se oculta el superior designio que contienen? ¿quién no ha penetrado su maravillosa economía? ¡Ah! cuando busco la verdad y la ley, las reconozco igualmente en el idioma inculto del aldeano y en los labios balbucietes del niño.

¿Qué habia podido con su magnificencia y aparato la razon de los antiguos filósofos? ¿cuándo mostraron ellos al pueblo los conocimientos que ofrecian á la admiracion? ¿Qué habia sido la parte mas numerosa de la sociedad ántes que la Cruz de Jesucristo derramase aquella sabiduria profunda, á cuya única posesion aspiraba el apóstol de las gentes? Los sacerdotes en Egipto, los magos en Persia, los brachmanes en el Indostan y los filósofos entre los griegos, ¿qué fueron, decidme, si no arcas cerradas de ilusiones é imposturas? Parece que penetrados de la vanidad de sus pensamientos, mantenian la ciencia envuelta de continuo en las sombras del misterio, recelosos de una publicacion que hubiera comprometido su celebridad. El pueblo lo ignoraba todo, hasta el abismo de su degradacion. Estaba reservado á Vos, ¡oh Jesus! derramar sobre esta ruda y extendida mole la inmensa copia de vuestra sabiduria, haciendo por este medio que en vuestra Persona reconociera el Universo con el Evangelista la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: Mas no nos detengamos aquí, porque es necesario considerar tambien esta doctrina en la santidad de su moral.

¿Quién otro que Jesucristo, pudo haber dado á sus preceptos un carácter verdaderamente celestial? Su reino no es de este mundo, sus leyes no están sujetas á las vicisitudes del tiempo, su doctrina es verdaderamente santa. La práctica de esta doctrina hace reinar al Espíritu Santo en el corazon, y la observancia de la ley es un vínculo indisoluble que parece unir al cielo con la tierra. Dios es el hombre, el hombre es Dios: hé

aquí la moral de Jesucristo. Somos por ella una cosa que no pertenece á la tierra. El entendimiento se levanta sobre las alas de la fé en busca del grande objeto hácia donde le impele sin cesar el fuego del amor divino. Donde el Evangelio se observa como la regla universal, no hay sacrificio costoso, no hay empeño difícil; y desde el individuo que obedece hasta el caudillo que manda, no se ve mas que un comercio dulcísimo de condescendencia cristiana, que afirma incesantemente el imperio de la paz, hace reinar juntas la virtud y la sabiduría, y franquea por todas partes las avenidas de la felicidad.

Como la mision de Jesucristo fué restablecer á los hombres en los derechos á la felicidad, que habian perdido por el pecado original, el nuevo reino que fundó en el mundo se dirige nada menos que á poner á todos los hombres en la posesion inamisible de Dios, que es la ventura celestial. ¡Pero qué! ¿esta moral santa, cuyo inmediato objeto es la eternidad, no ha venido tambien á dar paz á los hombres dentro de los límites del tiempo? Antes de Jesucristo la historia de las instituciones humanas parecia dirigirse á convencer al mundo de que no habia medio ninguno para la política en la fatal alternativa de la insurreccion y de la tiranía. Jesucristo fué con la santidad de su ley el que sancionó la libertad de los pueblos, "borró la infame definicion de esclavo del código de las naciones," sentó los principios de la sociedad y dió una constitucion al Universo. "Sabeis, dijo á sus apóstoles, y en ellos tambien á cuantos hubiesen de gobernar segun el Evangelio, sabeis que los príncipes de las naciones do-

"minan sobre ellas, y que los mas grandes ejercen "en ellas el poder. No será así entre vosotros; "sino antes bien, el que quisiere ser mayor sea "vuestro criado, y el que quisiere ser el primero "sea vuestro siervo: porque el Hijo del hombre "no vino para ser servido, sino para servir y dar "su vida por la salud del mundo (1)." ¿Lo habeis oido, hermanos míos? Jesucristo acaba de tirar la línea que divide política de política, y gobiernos de gobiernos. Los pueblos no son ya el patrimonio de sus soberanos, sino el blanco de la beneficencia y un objeto de la mas tierna solicitud para los que son llamados al honor terrible de regirlos. Mandar es santificarse en los puestos públicos, es servir á los súbditos con celo, sacrificarles el tiempo, los gustos, la quietud propia, la prosperidad y hasta la vida. Pero ¿quién ha establecido esta máxima? El mismo, católicos, que ha comunicado á la persona del que gobierna un carácter santo y venerable, el que ha inscrito las leyes que se promulgan en la tierra, entre los preceptos que Dios ha impuesto á los hombres, el que, uniendo á la sancion de los sentidos la sancion del espíritu, ha santificado la obediencia. Nada tuvo ya de humillante el título de súbdito, y glorioso fué obedecer á las potestades de la tierra desde que se dijo á todos los pueblos por la boca del Apóstol: "Todos están sometidos á las "potestades superiores: porque no hay autoridad "que no venga de Dios, y él es quien las ha ordenado. Así, pues, el que resiste á la potestad, "resiste á la ordenacion de Dios..... El prin-

1 Math. cap. XX, vv. 26, et seq.

"eipe es el ministro de Dios para el bien . . . . .

"Es, pues, necesario, que le esteis sometidos, no solo por el temor del castigo, sino tambien por "un deber de conciencia (1)."

¿Pero cuál es, hermanos míos, esa fuerza superior que sostiene á los discípulos de Jesucristo en la práctica de unos deberes tan penosos, que á no verlos cumplidos con tan exacta fidelidad, nos viéramos tentados de creerlos incompatibles absolutamente con la naturaleza humana? Las altas y sublimes promesas. Vengamos, pues, á esta parte, la mas dulce y consoladora de la doctrina evangélica; vengamos á la verdad práctica, al destino de nuestra existencia, á los misterios del sepulcro, á esta esperanza divina que nos desprende de la tierra, que dulcifica todas las amarguras de la vida, que triunfa de la adversidad y trásforma en atractivo á los ojos del verdadero cristiano cuanto habia tenido hasta entonces de triste y desesperado la muerte. Trasladémonos con el espíritu á esa montaña para siempre célebre, lugar de cita para los grandes y los pequeños, desde la cual recuenta sus escogidos el Salvador del mundo, muestra su reino á todas las generaciones, y traza la única senda por donde puede llegar el hombre á incorporarse dentro de sus muros eternos. ¿Qué tiene de comun esta felicidad con la que el mundo prometia? Era esta, señores, una deidad encantada, que inflamaba de continuo los deseos del hombre seducido, é incesantemente burlaba sus locas esperanzas. ¡Infeliz! ¡queria conciliar la dicha con el crimen, y descubrir tras

1 Ad Rom. cap, XIII, vv. 1<sup>o</sup> et seq.

el velo de las pasiones la imagen de la virtud y la paz inefable del corazón!

¡A vosotros estaba reservada esta ventura, hijos de la tribulacion, desechos del mundo; á vosotros todos, los que no teniais sobre la tierra sino una triste y miserable cabaña, los que anhelábais por la justicia sin embargo de la persecucion, los que disfrutábais la deliciosa paz de una conciencia pura, los que siempre habiais hecho sentir la benigna influencia de una mano amiga en el endurecido pecho de vuestros adversarios!

¡Bendito sea Dios, hermanos míos, que llegó el tiempo de ser sabios sin ser filósofos, de obtener á título de pobreza el reino celestial, y encadenar con la mansedumbre del alma todas las potestades de la tierra! "Bienaventurados los pobres, bienaventurados los mansos, los pacíficos, los misericordiosos, los que padecen la persecucion." Consuélate ya, madre sin ventura, pues no tienes que mendigar de los hombres un pan de lágrimas, constantemente pedido y desdenosamente negado. ¡Oh infelices! subid en multitud á las colinas de Sion, para anunciar vuestro reinado á los ricos de Babilonia. "Bienaventurados los que han hambre." *Beati qui esuriunt.*

¡Admirable transformacion! ¿Quién hubiera imaginado que la felicidad estaba en tan diverso rumbo del que los hombres ávidamente recorrían en el extremo opuesto de las riquezas que todo lo ganan, del poder que todo lo somete, de la guerra que todo lo humilla, de la venganza, en fin, colocada por el orgullo en el rango de los nobles sentimientos? ¿Qué te resta, pues, para tocar las cumbres de la dicha, familia inmensa



que gimes bajo el insoportable yugo, sino asirte de tu propia desgracia, como de un puerto seguro de salvacion? Hombres de mérito á quienes desconoce la envidia, almas esclarecidas á quienes empaña el inmundo aliento de la calumnia, genios de la caridad á quienes persigue la ingratitude, no temais, que ya se adelanta desde la diestra de su Padre á enjugar vuestras lágrimas el que interrumpió el llanto del infortunio con este grito de salvacion: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados." Llorad, pues, almas escogidas; mas llorad con el consuelo inefable de que vuestro Padre celestial recoge en su seno vuestras lágrimas, las purifica, las ennoblece, y objeto son ellas á sus divinos ojos de una eterna predileccion.

¡Oh verdad! ¡hé aquí tus caractéres, hé aquí tus triunfos! ¡Oh soberana razon que todo lo ilustras y todo lo sometes! Te admiro en tu sublime sencillez, te adoro en tu santidad augusta. Hé aquí, católicos, una obra maravillosa. ¿Quién podría elogiarla bastantemente? ¡Cuán pequeña es la razon humana para elevarse á tan inmensa altura! El mundo estaba sumergido en las tinieblas: crímenes contaba la historia en sus anales, errores é imposturas la filosofía en sus escuelas. Inútilmente habian aspirado todos al imperio de la razon: las sectas impelían á las sectas; los sofismas triunfaban de los sofismas; empeñábanse en escandalosas lides los errores con los errores, y parece que la noche habia corrido su negro manto sobre los hombres y la naturaleza. Nada podia ya esperarse de aquellos, ni el entendimiento era capaz de ser regenerado, sino

solo con un soplo de vida como el que animó al primer habitante del Paraíso. Hé aquí la obra de Jesucristo: baja desde la gloria de su Padre, se digna vestirse de nuestra pobre naturaleza, pasa en el humilde retiro doméstico todos los años de su vida privada, sale de aquí á emprender su carrera pública, marcha sobre las huellas de su precursor, abre sus labios, y la verdad invade al Universo, y el entendimiento queda regenerado

Pero esto no es bastante, católicos: en la perfeccion eterna de las obras de Dios todo ha de rendir humildes tributos á su gloria: que no desfallezca vuestro corazon ante la severidad de la ley; pues si la verdad que la sostiene parece superior á la fuerza del hombre, Jesucristo no solo predica, sino que obra; no solo impone el precepto, sino que tambien lo practica; y si sus labios anuncian la verdad, su vida toda es una escuela de perfeccion y un germen infinito de virtud.